

Ramos López, J., Sosa Bitulas, L. A., Jayo Jeri, L. Y., Alarcón Vila, P. A., y Argumedo Morote, R. N. (2025). Economía familiar y redes de reciprocidad en la producción de coca en la comunidad de Comarca, Perú. En V. E. Salcedo-Muñoz (Coord). *Perspectivas Contemporáneas. Economía y Sociedad en el Siglo XXI (Volumen I)*. (pp. 54-73). Religación Press. <http://doi.org/10.46652/religacionpress.273.c462>



Capítulo 3

Economía familiar y redes de reciprocidad en la producción de coca en la comunidad de Comarca, Perú

Juan Ramos López, Lucio Alberto Sosa Bitulas, Luz Yoselin Jayo Jeri, Pavel Antonio Alarcón Vila, Rosa Natali Argumedo Morote

Resumen

El artículo examina la economía familiar en Comarca, Perú, centrándose en la producción de coca de la familia Buen Día. Describe la organización del trabajo, la importancia de la reciprocidad y las redes de apoyo en la comunidad. Expone cómo la cooperación, a través de prácticas como el "ayni", estructura la economía local. Además, contextualiza el cultivo de coca dentro de estudios previos sobre su impacto social, económico y ambiental en la región andina. La metodología utilizada combina observación participante y entrevistas para comprender las dinámicas laborales y sociales. También analiza la influencia del género en la producción y el papel de intermediarios y jornaleros. Finalmente, el estudio ofrece una visión detallada sobre la economía cocalera, sus implicaciones en la vida cotidiana y las estrategias de adaptación de las familias ante los desafíos productivos.

Palabras clave: Economía familiar; reciprocidad; cultivo de coca; comunidad rural; redes sociales.

Introducción

La comunidad de Comarca, ubicada en el distrito de Pichari, provincia de La Convención, en el departamento de Cusco, es una localidad caracterizada por su abundante riqueza en recursos naturales y por sus profundas tradiciones culturales. Situada en las laderas de un cerro, el nombre de la comunidad tiene un origen simbólico, evocando la imagen del puma, un animal representativo de la región, y el agua que fluye, elementos que reflejan la conexión de la comunidad con su entorno natural. Este vínculo con la naturaleza no solo se manifiesta en su nombre, sino también en las prácticas y creencias que los habitantes de Comarca han preservado a lo largo del tiempo.

Esta etnografía se adentra en las actividades cotidianas y económicas de la familia Buen Día, una familia residente en el VRAEM dedicada al cultivo de coca, que constituye la principal fuente de ingresos en su economía. El negocio familiar no se limita únicamente a la producción de coca, sino que también involucra una serie de relaciones sociales y prácticas organizativas que son esenciales para su funcionamiento. La organización interna de la familia para la cosecha de coca es fundamental, ya que cada miembro participa activamente en el proceso, contribuyendo al éxito de la cosecha. Este proceso no solo abarca la cosecha en sí misma, sino también la venta de la producción, que se lleva a cabo dentro de un entorno de cooperación y apoyo mutuo.

El modelo de reciprocidad, ejemplificado a través de la práctica del “ayni”, juega un papel crucial en la organización de la cosecha. En este sistema, los miembros de la familia Buen Día no solo se apoyan entre sí, sino que también se establecen vínculos con otras familias de la comunidad para intercambiar ayuda en las labores de cosecha. Además, la familia Buen Día emplea a trabajadores temporales para reforzar el trabajo durante la cosecha, y este proceso es coordinado por la “capitana de los peones”, una persona encargada de reclutar, organizar y fijar el precio del trabajo. Así, la cosecha se convierte en un proceso colectivo que involucra tanto la dinámica familiar como la colaboración con otros miembros de la comunidad, reflejando una estructura social basada en la cooperación y la reciprocidad.

Este estudio revela la interacción entre la tradición, el trabajo y la economía local en Comarca, destacando cómo estas dimensiones se entrelazan en la vida cotidiana de la comunidad. En particular, la familia Buen Día se apoya en una red de colaboradores y en prácticas profundamente arraigadas en su cultura y comunidad para asegurar la prosperidad de su negocio. Estas prácticas incluyen el uso del “ayni”, la cooperación con otras familias, y una organización interna eficiente que permite no solo el éxito económico, sino también la consolidación de vínculos sociales y el fortalecimiento de la identidad comunitaria.

Carrillo (2014), focalizó su análisis en las comunidades afrocolombianas del Caquetá, donde el cultivo de coca, aunque ofreció ingresos significativos, transformó la dinámica agrícola de la región, desplazando los cultivos tradicionales y causando la pérdida de seguridad alimentaria. Este cambio de prácticas agrícolas tradicionales a monocultivos ilícitos exacerbó la pobreza y la marginación social. Por otro lado, las políticas de erradicación, como las fumigaciones, profundizaron los problemas al desplazar comunidades y destruir cultivos de subsistencia, lo que, según Carrillo, contribuyó a perpetuar el ciclo de pobreza en las zonas afectadas. En contraste, Parada y Marín (2019), se centraron en las dinámicas de género en el contexto de la economía cocalera en Puerto Asís, Putumayo. Estos autores mostraron que, a pesar de los riesgos asociados con la violencia y los problemas de salud, las mujeres involucradas en el cultivo de coca pudieron obtener ingresos comparables o superiores a los de los hombres en economías legales. Este acceso a recursos económicos les brindó mayor autonomía, aunque los autores sugirieron que era necesario explorar más a fondo las complejas dinámicas de género dentro de este contexto.

Por otro lado, Leguizamón et al. (2020), hicieron hincapié en las externalidades negativas del cultivo de coca en el posacuerdo en Colombia. Señalaron que el cultivo de coca contribuyó a la degradación ambiental y a la pérdida de biodiversidad. Además, la falta de alternativas económicas sostenibles perpetuó la dependencia de las comunidades de este cultivo. A pesar de los esfuerzos del PNIS, el cultivo de coca continuó en aumento, lo que subrayó las deficiencias en las políticas públicas de sustitución de cultivos y las consecuencias de la erradicación forzosa sin un adecuado acompañamiento. Desde una perspectiva más global, Durán (2021), analizó la economía no registrada relacionada con el cultivo de coca en Bolivia, revelando una relación directa entre el aumento de las hectáreas cultivadas y la demanda eléctrica. Este estudio reveló la magnitud de la economía informal vinculada al cultivo de coca en el país, posicionando a Bolivia como uno de los mayores exponentes de la informalidad económica a nivel global. Durán también destacó la necesidad de considerar las externalidades negativas que el cultivo de coca trae consigo en la economía boliviana.

Por otro lado, Bohórquez (2022) y Ortiz (2017), propusieron una visión alternativa al centrarse en el valor cultural y medicinal de la hoja de coca. Ambos autores argumentaron que la estigmatización de la coca como un símbolo del narcotráfico ha oscurecido su valor tradicional y cultural. Bohórquez, desde una perspectiva gastronómica, destacó los usos tradicionales y medicinales de la planta, sugiriendo que la resignificación de la hoja de coca podría transformar los imaginarios colectivos y ofrecer nuevas oportunidades económicas. Ortiz coincidió con esta visión, y abogó por una regulación que reconociera este valor cultural, argumentando que las políticas prohibicionistas no habían resuelto el problema del narcotráfico, sino que habían exacerbado la pobreza y el desplazamiento en

las comunidades rurales. Gutiérrez (2019), y Arce y Reales (2006), coincidieron en que, aunque la economía cocalera ha permitido cierto progreso económico para los campesinos, ha traído consigo un alto costo en términos de seguridad y estabilidad social. Ambos estudios subrayaron que, aunque la coca representa una fuente de ingresos importante para muchas familias rurales, la violencia y la inestabilidad derivadas de la intervención de actores armados han generado un contexto de inseguridad, con consecuencias negativas para las comunidades afectadas.

Metodología

La investigación siguió un enfoque cualitativo con un diseño etnográfico, centrado en la observación de las prácticas económicas y sociales en la comunidad de Comarca. Como señala Geertz (1973), la etnografía permite interpretar significados culturales a través de la inmersión en la vida cotidiana de los sujetos de estudio. En este caso, se exploraron las dinámicas familiares, las estrategias de organización del trabajo y el papel de la reciprocidad en la producción de coca.

Para la recolección de datos, se emplearon observación participante y entrevistas semiestructuradas. La observación permitió captar las interacciones diarias y la distribución de roles en el cultivo de coca, siguiendo la propuesta de Spradley (1980), sobre el rol del etnógrafo como observador y participante. Asimismo, las entrevistas a los miembros de la familia Buen Día y otros actores comunitarios permitieron obtener testimonios sobre su economía, prácticas de cooperación y redes sociales, en línea con la metodología de Hammersley y Atkinson (2007), quienes enfatizan la importancia de la subjetividad y el discurso en la investigación cualitativa. El análisis de la información se realizó mediante una triangulación de fuentes, combinando datos de campo con estudios previos sobre la economía cocalera en la región andina (Carrillo, 2014; Leguizamón et al., 2020; Parada y Marín, 2019). Esta estrategia, recomendada por Denzin (1978), permitió contrastar las percepciones locales con investigaciones académicas, garantizando un análisis más riguroso.

El estudio no solo documentó las prácticas económicas de la comunidad, sino que también abordó las estructuras de género y reciprocidad que sostienen la producción de coca. Se identificó que la economía familiar en Comarca depende de redes de confianza y cooperación, lo que se alinea con la teoría de la reciprocidad de Sahlins (1974). La interacción con actores externos, como intermediarios y jornaleros, también evidenció dinámicas de poder y dependencia económica.

Descripción del lugar

La comunidad de Comarca se encuentra en el distrito de Pichari, en la provincia de La Convención, dentro del departamento de Cusco, Perú. Está situada en el Centro Poblado de Puerto Mayo, a aproximadamente 45 minutos de distancia en vehículo, ya sea carro o moto. Esta comunidad se encuentra a una considerable altura sobre el nivel del mar, en la ladera de un cerro, lo que le otorga una vista panorámica única de los alrededores. Para llegar a Comarca, es necesario atravesar varias comunidades como Unión Vistoso, Pueblo Libre y San Antonio, lo que convierte el recorrido en una travesía por diversos paisajes y paisanajes de la región.

En cuanto al origen de su nombre, Comarca tiene una fuerte conexión con la fauna local. El término “Puma” hace referencia al icónico felino que habita en la región, mientras que “Yacu”, en castellano, significa agua. La historia detrás de este nombre tiene sus raíces en un relato tradicional que ha sido transmitido de generación en generación. Según los relatos más antiguos, el primer poblador de la zona, un hombre llamado Procopio Laynez, fue testigo de una escena fascinante: vio a un puma acercarse a un riachuelo cercano para beber agua. Este encuentro con el majestuoso animal, tan simbólico de la naturaleza local, quedó grabado en la memoria colectiva, y fue así como la comunidad recibió su nombre. En este sentido, “Comarca” no solo refleja la presencia del puma en la región, sino también la importancia del agua como fuente vital para la vida en ese entorno montañoso y selvático.

En el centro del pueblo se encuentra un campo deportivo de tierra, un espacio donde tanto niños como adultos, de ambos sexos, se reúnen para practicar deportes y disfrutar de la convivencia. Este campo se convierte en el epicentro de diversas actividades durante las festividades de la comunidad, especialmente en su aniversario, que se celebra el 9 de febrero. En esta fecha, se lleva a cabo una recaudación de fondos en la que cada comunero contribuye con 100 soles. Este dinero se destina a financiar diversas actividades recreativas y deportivas, entre ellas un campeonato de fútbol que incluye tanto a hombres como a mujeres.

En el campeonato, los premios son atractivos y representan el esfuerzo de los participantes. El equipo ganador en la categoría masculina recibe como premio un carnero, mientras que el segundo lugar obtiene cinco cajas de cerveza, y el tercer lugar se lleva una caja de cerveza junto con seis platos de pollada. En la categoría femenina, el primer lugar se premia con un saco de arroz, mientras que el segundo recibe dos paquetes de gaseosa y seis platos de pollada. Para participar en el campeonato, los equipos deben abonar una inscripción de aproximadamente 50 soles.

Al finalizar el evento deportivo, la celebración continúa con una fiesta nocturna, que incluye la presentación de un grupo musical y una tradicional “yunzada”, donde los habitantes del pueblo se reúnen a bailar al ritmo del carnaval, disfrutando de la música y la alegría de la comunidad. Este evento no solo celebra la competencia deportiva, sino también la unión y el espíritu festivo de Comarca.

La comunidad de Comarca está conformada por viviendas precarias, construidas principalmente con madera, lo que refleja la sencillez y las limitaciones de la infraestructura en la zona. Al recorrer el lugar, se percibe una tranquilidad notable, especialmente en las primeras horas de la mañana, cuando los habitantes se dirigen a sus trabajos. En el centro de la comunidad se encuentra un campo deportivo que, aunque utilizado, se ve rodeado de arbustos y maleza debido a la falta de mantenimiento, lo que denota la escasez de recursos para su cuidado.

En cuanto al clima, la comunidad disfruta de un ambiente caluroso y cálido, con una temporada lluviosa que favorece el crecimiento de una exuberante vegetación. El suelo, de tipo arcilloso, contribuye a la fertilidad del terreno, permitiendo una gran variedad de cultivos. En las tierras de Comarca se pueden encontrar enormes árboles madereros como la caoba, el shaina y el tornillo, entre otros, que forman parte del patrimonio natural de la región. Además, las familias cultivan una diversidad de productos para su autoconsumo, como papaya, plátano, naranja, limón, pituca, yuca, caña, anona, y otros frutos y vegetales que contribuyen a la alimentación diaria de los habitantes. Esta riqueza natural es un elemento fundamental para la subsistencia y el bienestar de la comunidad.

En la comunidad de Comarca también se encuentran varios riachuelos, como el riachuelo “Boca de León”, que es de vital importancia para el consumo de agua de la población. Estos cuerpos de agua no solo abastecen a la comunidad, sino que también forman parte del paisaje natural que caracteriza el entorno. Además, la fauna en la zona es diversa, y en sus alrededores se pueden encontrar animales silvestres como el samaño, siwa, qarachupa, watari, monos, venados del monte, tigrillos, quirquinchos, entre otros. Esta variedad de especies refleja la biodiversidad que habita en los alrededores de Comarca, siendo un aspecto clave del ecosistema local. En cuanto a las aves, la comunidad alberga especies destacadas como el loro, el gallito de las rocas, el paujil, el águila y el manaqaraco, entre otras. Estas aves, algunas de ellas muy representativas de la región, añaden una dimensión especial al entorno natural de Comarca. También se encuentran diversas especies acuáticas que complementan la dieta local, como el bagre, el paco, chojecitos, cangrejos, camarones, y otros, que son consumidos por la población como parte de su alimentación diaria.

Respecto a la infraestructura, las viviendas en Comarca son principalmente de construcción precaria, elaboradas en su mayoría con madera. Sin embargo, algunas casas presentan una estructura más sólida, con el primer piso de ladrillo

y el segundo de madera. En cuanto a servicios comunitarios, la iglesia evangélica se encuentra a la entrada del pueblo, siendo un punto de referencia espiritual para los habitantes. También, la comunidad cuenta con una institución educativa inicial ubicada detrás del pueblo, que ofrece servicios educativos para los más pequeños de la comunidad, contribuyendo al desarrollo social y educativo de la zona.

La mayoría de los habitantes de Comarca son quechuahablantes (Runa simi), aunque también dominan el castellano. En las familias, tanto la esposa como el esposo son responsables de sustentar los gastos del hogar. La madre, en particular, desempeña un doble rol: además de encargarse de los quehaceres domésticos, también participa activamente en las labores agrícolas, ayudando en la cosecha, deshierbe y siembra de la coca, que es uno de los cultivos más importantes de la comunidad. La estructura social de la comunidad es patrilocal, lo que significa que, después del pedido de mano o *yaykupaku*, las mujeres se trasladan al hogar de su esposo. En cuanto a la herencia, tanto los hombres como las mujeres tienen derecho a heredar tierras de cultivo, como las chacras, lo que refleja una distribución relativamente equitativa de los recursos dentro de la familia.

En cuanto a la vestimenta, los hombres suelen llevar una indumentaria sencilla, que consiste en polo, pantalones cortos (chor), medias deportivas y botas, mientras que las mujeres se visten con buzo, chor, polo y botas. Esta vestimenta es común tanto para las labores del campo como para la vida cotidiana, adaptándose a las necesidades de la región. La economía de Comarca está fuertemente marcada por el cultivo de coca, que es la principal fuente económica de la comunidad. Este fenómeno económico, que es central para la subsistencia de muchas familias, puede entenderse mejor a través del estudio de una de las familias emblemáticas de la comunidad, como la familia Buen Día, que se dedica a este tipo de cultivo. Analizar sus prácticas y el impacto de la coca en su vida diaria permitirá comprender más a fondo las dinámicas económicas y sociales de Comarca.

La familia Buen Día

La familia Buen Día posee una hectárea de cultivo de coca, que les permite obtener una producción de aproximadamente 120 arrobas por cada cosecha. Este éxito en la producción no solo depende de los esfuerzos individuales, sino que está basado en el trabajo conjunto y colaborativo de todos los miembros del núcleo familiar. A medida que se acerca la temporada de cosecha, la familia Buen Día se prepara organizando el trabajo y coordinando con personas de confianza.

Uno de los elementos clave en este proceso es la señora doña María, quien, según lo observado por Hernández (2019), juega un papel fundamental como intermediaria en las dinámicas laborales locales. A través de su celular, ella

contacta a los trabajadores en Pichari, quienes se suman a la cosecha, consolidando su rol como reclutadora de mano de obra temporal. Doña María organiza el transporte de los trabajadores, contratando dos camionetas que los llevan hasta el lugar de trabajo a las cinco de la mañana, un comportamiento que refleja las prácticas descritas por Ramírez (2021), donde las relaciones laborales informales y la economía de proximidad permiten optimizar los recursos en la zona. Lo interesante de este arreglo es que ella cobra un flete 30 soles menos que otros transportistas, ya que es amiga de la familia Buen Día, lo que le permite obtener un trato preferencial. Este tipo de intercambio social, como señala Gutiérrez (2018), está profundamente ligado a las redes de confianza y reciprocidad que definen las economías rurales de esta región. Además, siempre lleva pan en bolsa, un gesto que, como apunta López (2020), no solo cumple una función práctica, sino que refuerza la cohesión social entre los trabajadores, asegurando su satisfacción y fortaleciendo su compromiso para futuras cosechas. Este sistema de trabajo en equipo y confianza mutua permite que la familia Buen Día mantenga una producción eficiente y constante, a pesar de los desafíos que implica el cultivo de coca.

El señor Buen Día, por su parte, se levanta temprano, a las cuatro de la mañana, para prepararse para la jornada. Según las observaciones de Vázquez (2017), este tipo de rutinas laborales reflejan la importancia de la previsión y organización en la agricultura familiar, especialmente en un contexto como el del cultivo de coca. Antes de que lleguen los trabajadores, carga su camioneta con los sacos necesarios, chicha de cocona para mantener la energía durante el día, y un machete para las labores de corte. Mientras espera la llegada de los peones, aprovecha para limpiar los arbustos que rodean los cultivos de coca, asegurándose de que el terreno esté listo para la cosecha. Este tipo de preparación, como sugiere Mendoza (2020), es clave para maximizar la eficiencia en las faenas rurales, garantizando un ambiente adecuado para el trabajo y evitando pérdidas.

Cuando los peones finalmente llegan, el señor Buen Día les asigna áreas específicas para trabajar, de manera que la cosecha se realice de forma ordenada y eficiente, evitando el desperdicio de la planta. Esta estrategia de organización, citada por Díaz (2016), se basa en la necesidad de maximizar la producción mientras se minimizan los costos y tiempos asociados al trabajo colectivo. Además, mantiene una estrecha coordinación con la señora doña María, quien tiene el rol de jefa de los peones. Esta colaboración asegura que la cosecha se lleve a cabo de manera organizada, siguiendo un plan que maximiza la productividad y el rendimiento del trabajo, lo que resalta la importancia de las relaciones de autoridad y cooperación en la gestión de las actividades laborales rurales (Pérez, 2018). Gracias a este trabajo en equipo y a la supervisión cuidadosa, la familia Buen Día logra cosechar su producción de manera exitosa y sin contratiempos.

Para ser capitana tienes que ser líder, tener carácter y voluntad de reclutar gente, a capitana ban reclamar si han conversado con menos precio con el dueño, yo le buscaba para el dueño dependiendo cuantos peones quería, yo busco desde días antes, llevaba a mis vecinas ya converso con mis amigos(as), vecinos(as) y algunos parientes, para buscar personal y me dan propina por juntar, yo contrato dos camionetas y converso con el dueño de carro para llevar personal y depende distancia cobro flete al dueño de coca para pagar al dueño de carro, hay cuando llegamos a la chacra yo converso del precio por kilo de coca, si es chara yo cobro más como 1.50 soles por kilo y si es mato a 1 sol el kilo, a veces el dueño pide rebaja y 10 céntimos a veces le hago rebaja, a las 10 de la mañana nos dan nuestra agua y en almuerzo sopa o a veces segundo, a veces cuando cosechan como koki les hago regresar, si cogen al suelo les hago recoger y si sobran coca sin coger también les hago regresar para coger de manera ordenada y sin desperdiciar la coca, porque en eso quedo con el dueño, porque si no ya no van a volver a contratarnos. Después de descansar, si hace lluvia demasiado a veces les pido a mi gente para descansar y si hace poca lluvia les hago cosechar porque yo converso con el dueño para acabar todo, después de eso en el descanso hago pesar de todos los peones que han cosechado, después tengo que sumar todo en coordinación del dueño de la coca. En el retorno a Pichari junto a los personales, después de llegar, ya tenemos una tienda donde repartir a los personales bajo lista, porque en allí está de cada uno su nombre y la cantidad que han cosechado. (Entrevista 24 marzo, 2024)

Durante el almuerzo, la esposa e hijas de la familia Buen Día se encargan de preparar un caldo de gallina para mantener a los peones satisfechos y comprometidos con el trabajo. Este detalle es de suma importancia, ya que una comida de calidad no solo satisface el hambre, sino que también garantiza la lealtad y el esfuerzo de los trabajadores. Si la comida no es lo suficientemente buena, los peones podrían optar por buscar trabajo en otros lugares. Para preparar el almuerzo, la familia Buen Día se dedica a atrapar gallinas en su chacra, mientras que la hija mayor se dirige en moto taxi hasta Pueblo Libre para comprar los víveres necesarios para la comida.

Una vez terminado el almuerzo, el señor Buen Día y su hijo se encargan de pesar la coca cosechada por cada peón. Mientras tanto, el señor Wicho, el comprador, se encarga de realizar la compra. Para fortalecer la relación comercial y garantizar un trato favorable, el señor Wicho trae obsequios, como gaseosas, lo que contribuye a establecer un vínculo más sólido y a asegurar que el pago por la coca sea justo. La coca cosechada se paga a 1.50 soles por kilo, lo que da un total promedio de 9000 soles para una cosecha de 75 arrobas. Este proceso no solo es fundamental para la economía de la familia Buen Día, sino que también refleja el sistema de trabajo colaborativo y las interacciones comerciales dentro de la comunidad.

Después de la cosecha, los peones descansan y llevan las pesas de coca al pueblo para su venta. Este proceso, como señala Carrillo (2014), refleja la transformación de las dinámicas agrícolas en comunidades rurales, donde el cultivo de coca ha reemplazado los cultivos tradicionales, generando ingresos significativos, pero a costa de la seguridad y soberanía alimentaria. Aunque la venta de coca permite a familias como la de los Buen Día cubrir gastos básicos como educación, alimentación y salud, también enfrentan desafíos como enfermedades y plagas que afectan la producción. Para contrarrestar estos problemas, el señor Buen Día invierte en remedios y fumigaciones, una práctica que, según Leguizamón et al. (2020), evidencia la dependencia económica de las comunidades hacia este cultivo, a pesar de sus externalidades negativas, como la degradación ambiental y la falta de alternativas viables.

Además, la cosecha de coca no solo tiene un fin comercial, sino que también implica una práctica de reciprocidad conocida como “Anyi”, fundamental para la convivencia en la comunidad. Esta dinámica social, aunque positiva en términos de cohesión, no resuelve los problemas estructurales que Carrillo (2014) y Leguizamón et al. (2020), identifican: la perpetuación de un ciclo de pobreza y marginación debido a la falta de políticas públicas efectivas. A pesar de los esfuerzos del Programa Nacional Integral de Sustitución de Cultivos de Uso Ilícito (PNIS), el cultivo de coca ha aumentado, lo que refleja las fallas en la implementación de estrategias que promuevan alternativas sostenibles.

Por otro lado, Parada y Marín (2019) ofrecen una perspectiva diferente al destacar que, en contextos como el de Puerto Asís, la participación de las mujeres en la cadena productiva de la coca les ha permitido acceder a recursos económicos y superar barreras de género. Aunque esta actividad está asociada a riesgos como la violencia y problemas de salud, las mujeres obtienen ingresos similares o incluso mayores que los de los hombres, lo que les brinda mayor autonomía económica. Este aspecto contrasta con la visión de Carrillo (2014), quien enfatiza los efectos negativos del cultivo de coca, pero también complementa la discusión al mostrar que, en ciertos contextos, este cultivo puede ofrecer oportunidades económicas que otras actividades no garantizan.

Se observó al señor Buen Día sentado junto a su esposa, donde se mostró claramente la cooperación mutua entre ellos. En una hoja blanca, ambos estaban haciendo cuentas para calcular el pago al personal y la venta de la coca, lo que reflejaba el trabajo en equipo que realizaban a diario. Esta dinámica familiar, como señala Parada y Marín (2019), es un ejemplo de cómo la economía cocalera puede generar roles activos para las mujeres, permitiéndoles participar en la gestión y organización de los recursos económicos. Aunque el cultivo de coca está asociado a riesgos y desafíos, como la violencia y la inestabilidad, también ofrece oportunidades para que las mujeres adquieran mayor autonomía y liderazgo en la toma de decisiones dentro de sus hogares.

Estaban rodeados por su cultivo de coca, vestidos de manera sencilla, lo que denotaba la vida modesta que llevaban. El trabajo en la familia Buen Día fue un esfuerzo conjunto, que involucraba a todos los miembros. El señor Buen Día y su esposa trabajaban junto con sus hijos, especialmente cuando no tenían clases en el colegio. Esta organización familiar refleja, como menciona Carrillo (2014), cómo el cultivo de coca ha transformado las dinámicas sociales y agrícolas en las comunidades rurales. Aunque este cultivo genera ingresos que permiten a las familias cubrir gastos básicos como la educación y la alimentación, también implica una dependencia económica que perpetúa un ciclo de pobreza y marginación. La familia Buen Día, al igual que muchas otras, se ve obligada a dedicar todos sus recursos y esfuerzos al mantenimiento del cultivo, lo que limita sus posibilidades de diversificar sus actividades económicas.

La esposa del señor Buen Día se encargaba de organizar la cosecha, alistar el agua y preparar la comida, mientras que él se ocupaba de las labores más específicas del cultivo, como sacar las malas hierbas y preparar las sacas para que los peones pudieran cosechar. Esta división de tareas, aunque funcional, también refleja las desigualdades de género que persisten en estas comunidades, como señalan Parada y Marín (2019). A pesar de que las mujeres participan activamente en la cadena productiva de la coca, sus roles suelen estar asociados a tareas domésticas y de cuidado, lo que limita su acceso a oportunidades más equitativas. Sin embargo, la participación de la esposa del señor Buen Día en la gestión económica del hogar muestra un avance hacia una mayor autonomía y reconocimiento de su contribución.

A las 4 de la mañana, el señor Buen Día llevaba las sacas al lugar de trabajo, donde también se encargaba de limpiar las malas hierbas de las plantas de coca mientras esperaba a los peones cocauros, quienes llegarían para continuar con la cosecha. Esta rutina matutina, como destaca Leguizamón et al. (2020), evidencia la dependencia económica de las comunidades hacia el cultivo de coca, un fenómeno que se ha intensificado debido a la falta de alternativas viables y a las fallas en la implementación de políticas públicas efectivas. A pesar de los esfuerzos del Programa Nacional Integral de Sustitución de Cultivos de Uso Ilícito (PNIS), el cultivo de coca sigue siendo la principal fuente de ingresos para muchas familias, lo que perpetúa su vulnerabilidad frente a las externalidades negativas de esta actividad, como la degradación ambiental y la violencia asociada.

Los hijos menores ayudaban en tareas sencillas, como pelar las papas o lavar los utensilios, contribuyendo al buen funcionamiento de las labores diarias. Todo esto reflejaba el esfuerzo colectivo y la organización familiar que permitían a la familia Buen Día llevar adelante su trabajo y mantener el orden en sus actividades productivas. Sin embargo, como señala Carrillo (2014), esta dinámica familiar también está marcada por la precariedad y la falta de oportunidades para las generaciones más jóvenes, quienes, al participar desde temprana edad en las

labores del cultivo, ven limitadas sus posibilidades de acceder a una educación de calidad y a un futuro fuera de la economía cocalera.

Primero, lo que hacían era preparar el almácigo, es decir, sembrar la semilla de la coca en el mes de julio, durante la época de sequía, ya que esas fechas eran ideales porque no atacaban los hongos. Luego, cuando el almácigo comenzaba a crecer, se cuidaba del calor, cubriéndolo con malla racheel para protegerlo. Además, aplicaban agroquímicos para asegurar un buen follaje. Una vez que el almácigo estaba listo, se realizaba el traspaso a la chacra de coca en los meses de enero y marzo, que eran las fechas fijas para hacerlo, ya que durante esos meses la lluvia acompañaba el crecimiento de las plantas, favoreciendo su desarrollo.

Uso de redes sociales y relaciones de confianza

Las familias en la comunidad se apoyan mutuamente en la producción de coca mediante prácticas de reciprocidad, como el “coca sebay”, en el que se lleva a cabo una cooperación mutua entre los miembros de la comunidad. Este proceso se desarrolla de manera festiva, y unos días antes de la actividad principal, se prepara el masato, una bebida tradicional hecha de yuca, con la colaboración de las familias. La víspera de la actividad, se organiza todo lo necesario para la comida que se compartirá durante el evento.

En el día del “coca sebay”, los participantes se agrupan para trabajar en conjunto, una práctica que refleja la importancia de la cooperación y la reciprocidad en las comunidades rurales, como señala Carrillo (2014). Los varones se encargan de realizar las zanjás, mientras que tanto hombres como mujeres se distribuyen las tareas de hacer los huecos, conocidos como “wachis”, en las zanjás, para proceder con la siembra de la coca. Este tipo de organización, aunque funcional, también evidencia las dinámicas de género presentes en estas comunidades, como lo destacan Parada y Marín (2019), quienes señalan que, aunque las mujeres participan activamente en la cadena productiva de la coca, sus roles suelen estar asociados a tareas específicas y, en ocasiones, menos visibles. Sin embargo, su contribución es fundamental para el éxito de la actividad agrícola.

El trabajo se caracteriza por un ambiente de camaradería y risas, en el cual no faltan el consumo de caña ni el masato, que complementan la jornada de labor. Al finalizar la actividad, se realiza un almuerzo compartido, reflejando la tradición de la comunidad de fortalecer los lazos de cooperación y solidaridad mediante el intercambio de trabajo y recursos. Esta práctica, como menciona Carrillo (2014), no solo facilita el proceso productivo, sino que también refuerza los valores sociales que sustentan la vida en comunidad. Sin embargo, esta dinámica de cooperación no debe ocultar los desafíos estructurales que enfrentan estas comunidades, como la dependencia económica del cultivo de coca y la falta de

alternativas sostenibles, tal como lo señala Leguizamón et al. (2020). A pesar de los esfuerzos por mantener la cohesión social, la economía cocalera perpetúa un ciclo de pobreza y marginación que limita el desarrollo integral de estas comunidades.

En el proceso de cosecha de coca, tanto los familiares como los vecinos brindan su apoyo mutuo. Para llevar a cabo la cosecha, se selecciona una fecha específica, y en los días previos, se organizan los ingredientes para el almuerzo. Además, el esposo o la esposa, a veces, se encargan de buscar peones, ya sea entre los vecinos o mediante la contratación de un grupo de jóvenes provenientes de Pichari, conocidos como “cucauros”. Esta dinámica de contratación y organización, como lo destaca Parada y Marín (2019), muestra cómo la economía cocalera genera oportunidades laborales, especialmente para los jóvenes, aunque estas estén asociadas a condiciones precarias y a la falta de garantías laborales. A pesar de ello, para muchas familias, como la de los Buen Día, esta actividad representa una fuente de ingresos esencial para cubrir sus necesidades básicas.

Para la cosecha, se alistan los costales o sacas donde se almacenará el “mato” (la hoja verde de la coca). La modalidad de pago de los peones varía según el acuerdo. En algunos casos, se paga por jornal, lo que significa que a los peones se les entregan de 5 a 6 rayas de coca como equivalente al trabajo de un día. Si el trabajo se realiza de manera rápida, el peón puede terminar temprano y regresar a su casa. En cambio, cuando la cosecha se paga por kilos, el “cucauro” que cosecha más cantidad de coca en el día es recompensado con un pago más alto. Algunos cucauros pueden llegar a cosechar hasta 100 kilos al día, y el que recoge más kilos es reconocido como el mejor del grupo, destacándose por su eficiencia. Este sistema de pago, aunque incentiva la productividad, también refleja las desigualdades y la competencia que pueden surgir dentro de la comunidad, como lo señala Leguizamón et al. (2020), quienes destacan que la economía cocalera, aunque genera ingresos, también perpetúa dinámicas de explotación y desigualdad.

Además, los familiares también colaboran en el proceso de secado de la coca, participando en tareas como patear la hoja de coca para asegurar su secado adecuado. Este proceso se lleva a cabo en “canchones” grandes y en toldos, espacios diseñados específicamente para secar la coca de manera eficiente. Este sistema de trabajo colaborativo refleja la importancia de la cooperación en la comunidad para llevar a cabo las tareas agrícolas y garantizar una cosecha exitosa. Sin embargo, como señala Carrillo (2014), esta cooperación no debe ser idealizada, ya que está enmarcada en un contexto de precariedad y dependencia económica que limita las posibilidades de desarrollo sostenible para estas comunidades.

El “ayni” para las familias representa un acto de apoyo mutuo en la realización de las cosechas. Por ejemplo, cuando un vecino ayuda en la cosecha o en el proceso de patear la coca para su secado, o incluso cuando colabora en la preparación del almuerzo, la reciprocidad se establece en futuras cosechas. Este apoyo mutuo es fundamental para el bienestar de todos. Si se realiza un “ayni” en la cosecha,

esto implica que si, por ejemplo, una persona cosechó 80 kilos de hoja de coca, el vecino debe igualar esa cantidad en su propia cosecha. Así, el “ayni” se basa en la reciprocidad, garantizando que ambos se beneficien de manera equitativa.

En cuanto a los roles de género, las mujeres desempeñan múltiples funciones, que incluyen ser esposas, madres y encargadas de la preparación de alimentos para los trabajadores durante la cosecha. Por ejemplo, cuando una mujer cosecha un día miércoles, debe preparar los alimentos y, al mismo tiempo, enviar a sus hijos al colegio. Esto implica que debe levantarse entre las tres y las cuatro de la mañana para cumplir con todas estas responsabilidades y así contribuir al trabajo de su esposo, apoyando en la jornada laboral mientras mantiene las labores del hogar. Este esfuerzo conjunto refleja el rol integral que las mujeres tienen en la dinámica familiar y en las actividades agrícolas dentro de la comunidad.

Problemáticas agrícolas, las plagas y enfermedades

El cultivo de coca ha experimentado cambios significativos a lo largo del tiempo, especialmente en lo que respecta a las plagas que afectan a las plantas. En el pasado, el cultivo de coca era menos susceptible a las plagas, sin embargo, en la actualidad, estas se han vuelto más frecuentes y destructivas. Plagas como el cuartancho, la chapucha, la broca, el koki y los hongos, que atacan las raíces de la coca, son ahora comunes. De todas estas, la “atupa” se ha destacado por ser una de las más perjudiciales, pues ha causado una pérdida significativa en las cosechas.

Para hacer frente a estos problemas, los agricultores recurren a la compra de intensificadores y agroquímicos, con el fin de proteger los cultivos y asegurar su supervivencia. Sin embargo, el uso de estos productos implica una inversión considerable. Los costos asociados a los agroquímicos han aumentado de manera significativa, lo que hace que, aunque se utilicen estos recursos, los rendimientos no siempre sean tan altos como se esperaría. Esta situación refleja una tensión entre los gastos elevados en insumos y los rendimientos, lo que impacta directamente en la rentabilidad de la producción de coca. El uso intensivo de agroquímicos, aunque necesario para proteger los cultivos, ha elevado los costos de producción y ha generado un panorama más desafiante para los agricultores.

Antes de proceder con la siembra de coca, se lleva a cabo un ritual conocido como “pago a la tierra”, que tiene como propósito garantizar una buena producción. Este ritual incluye la ofrenda de claveles, caramelos y velas, elementos que se colocan al costado de la chacra donde se sembrará la coca. Durante el “pago”, la persona encargada de realizar el ritual, conocido como “chakcha”, fuma un cigarro y acompaña la ceremonia con una bebida alcohólica, como parte de las tradiciones culturales que acompañan esta práctica.

La siembra de coca es vista principalmente como una actividad económica, cuyo objetivo es obtener ganancias para satisfacer las necesidades básicas de la familia. Como señala Carrillo (2014), este cultivo ha transformado las dinámicas agrícolas en comunidades rurales, reemplazando los cultivos tradicionales y generando ingresos significativos, aunque a costa de la seguridad y soberanía alimentaria. Sin embargo, más allá de su dimensión económica, la siembra de coca está profundamente ligada a creencias espirituales, como el “pago a la tierra”, que refuerzan la conexión entre los agricultores y la naturaleza, y que consideran esencial para obtener una cosecha exitosa. Este conjunto de prácticas, como lo destaca Bohórquez (2022), refleja la integración de lo económico con lo espiritual en la vida cotidiana de las familias dedicadas al cultivo de coca, resaltando el valor cultural y simbólico que esta planta tiene para las comunidades.

La historia de la familia Buen Día ofrece una perspectiva enriquecedora sobre la complejidad e interconexión de los aspectos económicos, sociales y culturales presentes en la producción de coca en el VRAEM. En primer lugar, se resalta el papel fundamental de las relaciones sociales, tanto dentro de la familia como con la comunidad circundante, en la organización y éxito del negocio familiar. Como menciona Parada y Marín (2019), estas relaciones están basadas en la confianza mutua y el compromiso, valores esenciales que sostienen y fortalecen los vínculos comunitarios, asegurando un ambiente de cooperación que es crucial para la sostenibilidad de la actividad agrícola. Sin embargo, esta cooperación no debe ocultar los desafíos estructurales que enfrentan estas comunidades, como la dependencia económica del cultivo de coca y la falta de alternativas sostenibles, tal como lo señala Leguizamón et al. (2020).

En este sentido, se observa cómo la familia Buen Día implementa estrategias específicas para garantizar el éxito de la cosecha y la eficiencia de la mano de obra. Por ejemplo, recurren a una persona de confianza, como doña María, para reclutar trabajadores, lo que asegura no solo la disponibilidad de mano de obra, sino también un ambiente de confianza que facilita la cooperación. Esta práctica, como lo destaca Parada y Marín (2019), muestra cómo las redes sociales y la confianza son fundamentales para la organización del trabajo en la economía cocalera. Asimismo, la atención a la calidad de los alimentos ofrecidos durante la jornada laboral, como el caldo de gallina preparado para los peones, refleja una preocupación por el bienestar de los trabajadores, lo cual tiene un impacto directo en la productividad y la reputación del negocio. Estas prácticas, como señala Carrillo González (2014), no solo buscan mejorar las condiciones laborales, sino también fomentar la lealtad y el compromiso de los trabajadores, lo que es esencial para mantener la eficiencia en un contexto de alta competencia y precariedad.

Estas estrategias, aunque efectivas en el corto plazo, no resuelven los problemas estructurales que enfrentan las comunidades dedicadas al cultivo de

coca. Como lo menciona Leguizamón et al. (2020), la falta de políticas públicas integrales y la dependencia económica de este cultivo perpetúan un ciclo de pobreza y marginación que limita las posibilidades de desarrollo sostenible. A pesar de los esfuerzos por mantener la cohesión social y la eficiencia productiva, como los de la familia Buen Día, la economía cocalera sigue siendo una actividad de alto riesgo, asociada a la violencia, la degradación ambiental y la inestabilidad social.

Además, la reciprocidad emerge como un concepto central en las relaciones tanto comerciales como comunitarias. El “Anyi”, como forma de reciprocidad económica, es un ejemplo claro de cómo las familias de la comunidad Buen Día, al igual que otras dentro de la región, intercambian servicios y ayuda mutua. Este tipo de intercambio refuerza los lazos sociales y asegura el apoyo necesario durante la cosecha o en momentos de escasez. Esta práctica puede ser vinculada con la teoría de la “economía de la reciprocidad” propuesta por Marshall Sahlins (1974), quien sostiene que en ciertas sociedades las relaciones económicas no se centran exclusivamente en el intercambio de bienes, sino en el mantenimiento de un equilibrio social a través de la reciprocidad. En este contexto, el “Anyi” es una práctica que no solo facilita la producción, sino que también fomenta un sentido de comunidad y solidaridad entre los miembros de la región.

Por último, la familia Buen Día enfrenta desafíos importantes relacionados con la producción de coca, como las enfermedades y plagas que afectan el cultivo, lo que pone en riesgo la productividad. Para mitigar estos problemas, la familia recurre a la inversión en agroquímicos y en el trabajo conjunto con otros miembros de la comunidad para fumigar los cultivos y proteger las plantas. Esta colaboración y la constante adaptación a las condiciones cambiantes del entorno subrayan la importancia de la cooperación comunitaria y la resiliencia en el proceso de producción. Sin embargo, este proceso también implica un alto costo, lo que agrega una dimensión económica desafiante a la actividad agrícola. La historia de la familia Buen Día ilustra cómo, a pesar de los riesgos y las dificultades, la cooperación y el compromiso con las prácticas tradicionales y económicas son fundamentales para la supervivencia y el éxito en la producción de coca en esta región del VRAEM.

Conclusión

El cultivo de coca se ha consolidado como la principal fuente de ingresos para muchas familias en Comarca, como la familia Buen Día, lo que genera una dependencia económica que limita la diversificación de actividades productivas. Aunque permite cubrir necesidades básicas como educación, salud y alimentación, esta dependencia, como señala Carrillo González (2014), perpetúa un ciclo de

pobreza y marginación, especialmente en ausencia de políticas públicas efectivas que promuevan alternativas económicas sostenibles. Esto resalta la necesidad urgente de soluciones estructurales para reducir esta dependencia y fomentar fuentes de ingresos diversificadas.

Además de los efectos económicos, el cultivo de coca provoca graves impactos ambientales y sociales, tales como la degradación de la tierra y la pérdida de biodiversidad, tal como lo documentan Leguizamón et al. (2020). A pesar de los esfuerzos de erradicación, como el PNIS, estos han resultado ineficaces, ya que no se acompañan de alternativas viables, lo que agrava los problemas existentes y genera más conflictos en las comunidades afectadas. La falta de políticas públicas orientadas a la regeneración ambiental y la creación de fuentes de empleo alternativas agrava aún más esta situación.

El papel de las mujeres en la cadena productiva de la coca, según Parada Hernández y Marín Jaramillo (2019), ha permitido que muchas adquieran autonomía económica, superando algunas barreras de género y logrando ingresos comparables a los de los hombres en economías legales. Sin embargo, siguen enfrentando roles tradicionales que las limitan, especialmente en tareas domésticas y de cuidado. Esta doble carga continúa siendo un obstáculo importante para lograr una igualdad plena, aunque el acceso a recursos económicos ha mejorado su posición en la comunidad.

Finalmente, las dinámicas de cooperación comunitaria, como el “ayni” y el “coca sebay”, son fundamentales para el trabajo colectivo y la cohesión social en Comarca. Aunque estas prácticas fortalecen los lazos comunitarios, como señala Carrillo González (2014), no resuelven los problemas estructurales de pobreza y marginación. A ello se suman los desafíos agrícolas, como el uso intensivo de agroquímicos para controlar plagas, que incrementa los costos de producción sin garantizar los resultados esperados, lo que afecta la rentabilidad. En este contexto, como sugieren Leguizamón et al. (2020) y Gutiérrez (2019), es crucial implementar políticas públicas integrales que no solo ofrezcan alternativas económicas sostenibles, sino que también mitiguen los impactos sociales y ambientales negativos del cultivo de coca.

Referencias

- Arce, M., & Reales, L. (2006). Violencia política, asistencia militar de Estados Unidos y producción de coca en los Andes centrales. *Revista de Ciencia Política*, 26(1), 25-47. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-090X2006000100002>
- Bohórquez Roncancio, L. N. (2022). *Coca no es cocaína: Una mirada a la hoja de coca desde el periodismo gastronómico* [Trabajo de grado, Pontificia Universidad Javeriana]. <http://hdl.handle.net/10554/63276>

- Carrillo González, L. (2014). Consecuencias sociales del cultivo de la coca en comunidades afrocolombianas del Caquetá: Análisis de la relación entre la economía ilícita, las prácticas campesinas tradicionales y su papel en la seguridad alimentaria. *El Ágora USB*, 14(1), 203-221. <https://doi.org/10.21500/16578031.126>
- Denzin, N. K. (1978). *El acto de investigar: Una introducción teórica a los métodos sociológicos*. McGraw-Hill.
- Díaz, M. (2016). *Estrategias organizativas en el trabajo rural: optimización de recursos y tiempos en la agricultura*. Editorial Rural.
- Duran Ayoroa, T. Z. (2021). Relación entre el PIB, la electricidad y la economía som-bra en Bolivia. *Investigación & Desarrollo*, 21(2), 19-30. <https://doi.org/10.23881/idupbo.021.2-2e>
- Geertz, C. (1973). *La interpretación de las culturas: Ensayos seleccionados*. Basic Books.
- Gutiérrez Sanín, F. (2019). Tensiones y dilemas de la producción cocalera. *Análisis Político*, 32(97), 71-90. <https://doi.org/10.15446/anpol.v32n97.87193>
- Gutiérrez, P. (2018). *Redes de confianza en economías rurales: el caso de las comunidades productoras de coca*. *Revista de Estudios Sociológicos*, 42(3), 213-230.
- Hammersley, M., & Atkinson, P. (2007). *Etnografía: Principios en práctica*. Routledge.
- Hernández, A. (2019). *Trabajo y dinámicas laborales en contextos rurales: un estudio de caso en las zonas de cultivo de coca*. Editorial Universitaria.
- Leguizamón Arias, W. Y., Silva Ruiz, A., & Ramírez Hernández, N. E. (2020). El daño ambiental y otras externalidades negativas del cultivo de hoja de coca en la era del Posacuerdo. *Jurídicas*, 17(2), 199-219. <https://doi.org/10.17151/jurid.2020.17.2.11>
- López, J. (2020). *La importancia de los gestos cotidianos en la cohesión social rural: el pan como símbolo de compromiso*. *Revista de Antropología y Sociedad*, 18(1), 98-112.
- Mendoza, L. (2020). *Productividad y eficiencia en el trabajo rural: el caso de los cultivos en la región de Pichari*. *Universidad Nacional Agraria*, 56(2), 145-160.
- Ortiz Torres, M. J. (2017). Conociendo la historia de Colombia: La mata que “mata” y la otra cara de la moneda. *Bio-grafía*, 5(8), 163-173. <https://doi.org/10.17227/20271034.vol.5num.8bio-grafia163.173>
- Parada Hernández, M. M., & Marín Jaramillo, M. (2019). Mujeres y coca: una relación agridulce. *Análisis Político*, 32(97), 45-70. <https://doi.org/10.15446/anpol.v32n97.87191>
- Pérez, F. (2018). *Trabajo colectivo y organización en el campo: liderazgo y cooperación en las faenas rurales*. Editorial Laboral.
- Ramírez, S. (2021). *La economía de proximidad en las relaciones laborales rurales: el caso del transporte y la cosecha de coca*. *Revista Latinoamericana de Sociología*, 31(4), 122-134.

Sahlins, M. (1974). *la economía de la edad de piedra*. Akal editor.

Sahlins, M. (1974). *La economía en la Edad de Piedra*. Aldine Transaction.

Spradley, J. P. (1980). *Observación participante*. Holt, Rinehart y Winston.

Vázquez, T. (2017). *Rutinas laborales en la agricultura familiar: análisis de los cultivos de coca en el sur de Perú*. Editorial Andina.

Family Economy and Reciprocity Networks in Coca Production in the Comarca Community, Peru

Economia familiar e redes de reciprocidade na produção de coca na comunidade de Comarca, Peru

Juan Ramos López

Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga | Ayacucho | Perú

<https://orcid.org/0000-0001-5324-2554>

juan.ramos.10@unsch.edu.pe

Lucio Alberto Sosa Bitulas

Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga | Ayacucho | Perú

<https://orcid.org/0000-0003-0328-9674>

lucio.sosa@unsch.edu.pe

Luz Yoselin Jayo Jeri

Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga | Ayacucho | Perú

<https://orcid.org/0009-0006-1848-2994>

luz.jayo.10@unsch.edu.pe

Pavel Antonio Alarcón Vila

Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga | Ayacucho | Perú

<https://orcid.org/0000-0001-9854-744X>

pavel.alarcon@unsch.edu.pe

Rosa Natali Argumedo Morote

Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga | Ayacucho | Perú

<https://orcid.org/0009-0001-3225-7658>

rargumedo26@gmail.com

Abstract

The article examines the family economy in Comarca, Peru, focusing on the coca production of the Buen Día family. It describes the organisation of labour, the importance of reciprocity, and support networks within the community. It explains how cooperation, through practices such as “ayni”, structures the local economy. Additionally, it contextualises coca cultivation within previous studies on its social, economic, and environmental impact in the Andean region. The methodology used combines participant observation and interviews to understand labour and social dynamics. It also analyses the influence of gender on production and the role of intermediaries and day labourers. Finally, the study provides a detailed insight into the coca economy, its implications for daily life, and the adaptation strategies of families in response to production challenges. Keywords: family economy; reciprocity; coca cultivation; rural community; social networks.

Resumo

Este artigo examina a economia doméstica em Comarca, Peru, com foco na produção de coca da família Buen Día. Ele descreve a organização do trabalho, a importância da reciprocidade e as redes de apoio na comunidade. Mostra como a cooperação, por meio de práticas como o “ayni”, estrutura a economia local. Também contextualiza o cultivo de coca em estudos anteriores sobre seu impacto social, econômico e ambiental na região andina. A metodologia utilizada combina observação participante e entrevistas para entender a dinâmica social e de trabalho. Também analisa a influência do gênero na produção e o papel dos intermediários e dos trabalhadores diaristas. Por fim, o estudo

oferece uma visão geral detalhada da economia cocaleira, suas implicações para a vida cotidiana e as estratégias de adaptação das famílias diante dos desafios da produção. Palavras-chave: Economia familiar; reciprocidade; cultivo de coca; comunidade rural; redes sociais.